

CAPÍTULO III

Adolescencia de Gómez.—La afirmación de que fué blanco.—Sus primeros versos.—Su vinculación con Juan Bautista Cúneo.

La adolescencia de Gómez se desliza matizando los estudios de su futura carrera de abogado, con felices ensayos literarios y con las tareas del modesto empleo que en un Ministerio desempeña, viviendo entre el fragor de las contiendas fratricidas que por desgracia no habían concluído con la revolución de 1832, sino que, por el contrario, en la invasión de Oribe toman al joven Gómez, harto ya de escándalos y desórdenes, como testigo presencial de todos los que el caudillaje produce en 1834, 1836 y años subsiguientes, hasta la gran calamidad del sitio de Montevideo que comienza el año 1843.

Como nunca lo tuvieron de su lado las sempiternas rebeliones del general Rivera, y estuvo por el principio de autoridad durante la Presidencia del general Oribe, sin duda ejemplar para su época, muchos han asegurado que fué blanco en sus mocedades; pero el cargo es nimio, pues con manifestarse contrario a los excesos del caudillaje bárbaro, no hacía ni más ni menos que lo que todos los caballeros y personas decentes que actuaron con don Manuel Oribe, y que él después alejó con sus crueldades en servicio de Rosas y su incalificable alianza con ese odioso tirano, echando de ese modo combustible a la hoguera de la guerra civil y de las complicaciones internacionales que durante tantos años afligieron a los pueblos del Plata.

Por los buenos ratos que nos han proporcionado de 1863 hasta reciente fecha las revoluciones: del libertador Flores primero, con su corolario de intervención extranjera; de Timoteo Aparicio después, en 1870, con amenazas del Brasil, que obligaron a una transacción, y las últimas del ilustre Saravia, sin contar las pequeñas asonadas intermedias, ya se puede echar de ver el infierno que fué la República, en los tristes años que correspondieron a la adolescencia de Gómez, pasada en su ciudad natal principalmente, sin perjuicio de algunos viajes a Río Grande, donde por aquellos tiempos residía su familia.

Por lo demás, la torpe acusación de blanco del Cerrito, la ha levantado Gómez con facilidad, explicando las distintas épocas en que actuó el general Oribe al desenvolver en diferentes circunstancias su personalidad como amigo de las instituciones primero, y desconocedor de ellas después.

“Don Manuel Oribe (dice Gómez) es en 1832 el campeón del partido de la resistencia a Rosas, el vencedor de la alianza con Rosas en los campos de batalla, el candidato del partido que se llamó después colorado, elegido Presidente por los votos de ese partido y por la decisiva influencia del jefe que todos le han reconocido, el general Rivera.”

“No se pretenderá que don Manuel Oribe, vencedor de Rosas en 1832, significa lo mismo en política que don Manuel Oribe, Procónsul de Rosas en 1842.”

En otro escrito de la misma época (1872) del que he tomado los párrafos precedentes, hace el doctor Gómez en los términos que siguen, el elogio de la administración del general Oribe en contraste con las criminales rebeliones del general Rivera, perpetuo e incorregible anarquista.

“El caudillaje enciende la guerra civil en 1836, bajo un Gobierno que respetaba la ley, que administraba con

escrupulosidad los dineros públicos, que ningún derecho atacaba, que fomentaba la educación popular, tributaba consideración a los talentos y a las luces, y hacía alarde de modestia republicana y de cultura de procederes”.

“Bajo tal gobierno, el caudillo Rivera era general en jefe del ejército y comandante general de campaña.

“Empiezo por la moralidad del ejemplo que daba, del precedente que legaba al *progreso de las instituciones republicanas*, de enseñar el general en jefe a su ejército la rebelión, de emplear las fuerzas que le estaban confiadas por el gobierno de la ley, en atacar la ley y el Gobierno, de envilecer el honor militar con el perjurio y la felonía, de convertir el ejército de línea en enemigo del pueblo, divorciando dos entidades que deben ser una sola en los países regidos por la República.”

Bastan estas transcripciones para demostrar que bien pudo el ciudadano más intransigente ser partidario de don Manuel Oribe hasta 1838, por lo que él representaba en el Gobierno y la sociabilidad de su país, sin perjuicio de volverle merecidamente la espalda cuando, dominado por la pequeña pasión del despecho, se echó en brazos de Rosas para ser su general y verdugo en el martirio de las provincias argentinas.

He hecho, con intención, referencia a lo que significaba don Manuel Oribe en la sociabilidad de su país, para dar entrada a este perfil que de él hace Gómez: “El extranjero que visitaba a don Manuel Oribe, salía de su lado declarando calumnia cuanto de él repetía la historia. Le era imposible creer que un hombre de su cultura y de los sentimientos e ideas que en la conversación expresaba, hubiese sido el tigre sanguinario que aterró a las poblaciones del Río de la Plata”.

“Mientras don Manuel Oribe permaneció en el seno del elemento político que tomó más tarde el nombre de

partido colorado, por su divisa de guerra, pero cuyo carácter esencial que le ha dado en el país la importancia que tiene, y que se la dará la historia, fué su resistencia a Rosas, su lucha contra la colosal tiranía del Río de la Plata; mientras en el seno de ese partido permaneció, fué acreedor al respeto público y fué una de las esperanzas del porvenir de la República. A tal extremo imprime un partido sus ideas y sus sentimientos a un hombre político, que al lado del doctor Francisco Llambí era una beata el mismo don Manuel Oribe que al lado de Rosas era una fiera”.

Creo, por mi parte, que con lo transcripto, erróneo sin duda en algunas apreciaciones, queda liquidado el punto y deshecha la explotación pueril de que un hombre de la altura moral y nobles sentimientos de Gómez, hubiera sido capaz de compartir responsabilidades políticas, con uno de los más eficaces colaboradores de la execrable tiranía del dictador argentino.

He recordado, algunas páginas atrás, que Gómez hacía frecuentes viajes a Río Grande por residir allí su familia.

A la vuelta de uno de ellos se encontró con el lamentado fallecimiento de Adolfo Berro, acaecido en septiembre de 1841, y dedicó el 28 del mismo mes, a la memoria del poeta muerto en la aurora de su existencia, la sentida composición que los diarios de la época insertaron con merecido elogio.

Cuando emigró al Brasil en 1843, esa inspirada elegía, otra composición intitulada “La nube”, el poema “Figueredo” que publicó en la “Gaceta del Comercio” en 1842, y el canto “La Libertad”, que dió a luz el 25 de mayo del mismo año, le habían cuajado ya una fama de poeta que le señalaba lugar distinguido entre la juventud de su generación, la cual acertadamente venía presintiendo que sería él de los escogidos, si no el primero entre los primeros, opinión enunciada tam-

bién por don Juan Bautista Cuneo, emigrado italiano que las tormentas revolucionarias de su país habían arrojado a nuestras playas, donde encontró la acogida a que era acreedor por su patriotismo, su ilustración y su cultura, vinculándose con Gómez y otros jóvenes a quienes dió un curso del idioma italiano y su literatura, espaciándose todos ellos en un ambiente de confraternidad liberal y generosa que ahogó al poco tiempo la invasión de Oribe con un ejército argentino, dispersando para siempre el interesante cenáculo.